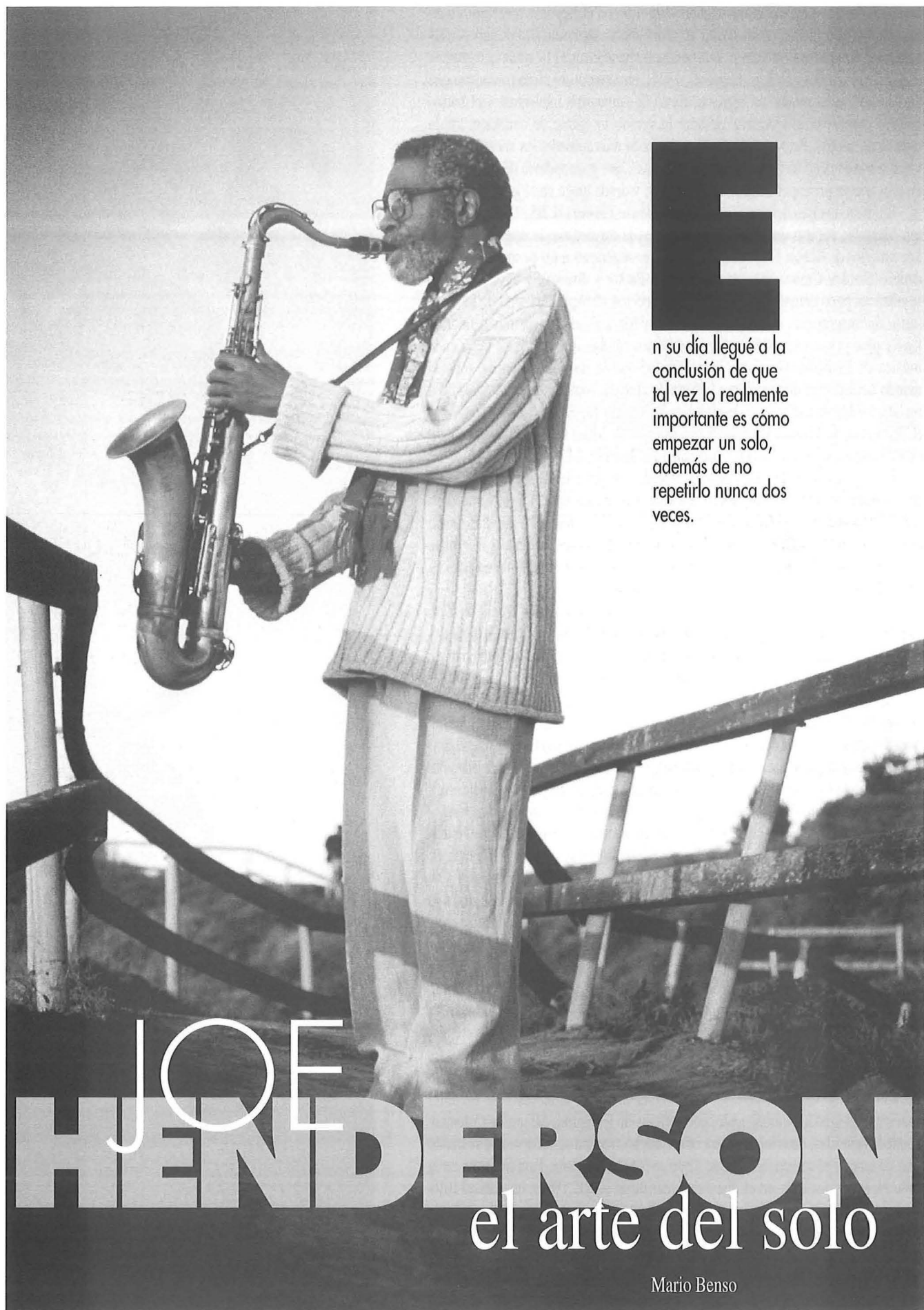




E

n su día llegué a la conclusión de que tal vez lo realmente importante es cómo empezar un solo, además de no repetirlo nunca dos veces.

JOE HENDERSON

el arte del solo

Mario Benso

Allí tenía yo, pues, dos retratos míos en la mano; el uno, un autorretrato en malos versos, triste y receloso como mi propia persona; el otro, frío y trazado con apariencia de alta objetividad por persona extraña, visto desde fuera y desde lo alto, escrito por uno que sabía más y al propio tiempo también menos que yo mismo.
(Hermann Hesse)

No crea el lector que iniciar estas líneas recorriendo el mundo atormentado y obsesivo de Harry Haller, también conocido por *el lobo estepario*, obedece a un capricho gratuito por mi parte. Se trata, simplemente, de que Joe Henderson reconoce entre la nómina de sus grandes inspiradores –junto a los *Bird*, Ben Webster, Flip Philips, Stan Getz o Bud Powell– a Hesse y su oscuro retrato de la condición humana atrapada entre el autoritarismo y la disolución ética. Y a Norman Mailer. Y a la Biblia. Por otro lado, esta cita refleja muy bien el dilema que atormenta a muchos escritores a la hora de abordar el perfil de un personaje concreto: ¿cuál es su imagen real: esa que nadie conoce o la que surge al exterior condicionada por nuestros prejuicios, algo que no es tangible? Nos encontramos, como expresa Harry con todo su laconismo, en una situación de aparente privilegio desde la que no vemos nada, porque las ventanas que alumbran el interior de las personas permanecen a menudo cerradas, y sólo se abren en contadas y muy excepcionales ocasiones.

En el caso de Joe Henderson –en el caso de los músicos de jazz– esa ventana se abre de par en par cada vez que se lleva el saxofón a los labios y nos cuenta una historia. “Mi forma de tocar es un reflejo de mi personalidad, de mi estado de ánimo”, señala. Es ahí, muy probablemente, donde deberíamos buscar la realidad del Henderson ser humano, del artista, del creador: entonces el reino imprevisible de lo subjetivo se objetiviza, se hace real. Tan real como esas sonrisas inteligentes y algo cínicas del maestro, tan corpóreo como su sonido o sus frases. Ahí está Joe, el lobo.

Parecería que muchos sesudos libros y enciclopedias han descubierto a Joe Henderson tan sólo a raíz de sus exitosos dos volúmenes de *The State Of Tenor*, uno de esos discos emblemáticos de toda una década. Pero, paradójicamente, esta sesión supone tanto un punto de partida para el saxofonista como otro de llegada. De partida porque desde el mismo no ha dejado de firmar casi cada año trabajos de enorme consistencia y amplia y entusiasta acogida por parte del público y la crítica (*Lush Life*, *So Near, So Far* y ahora *Double Rainbow*), lo cual le ha permitido consolidarse entre los grandes tenores e improvisadores del momento; de llegada porque *The State...* supone la cumbre de toda una larga e intensa trayectoria de maduración, el final de un proceso largo y difícil en el que Henderson hubo de sortear multitud de obstáculos, de dudas, de frustraciones. Ahora todo son parabienes, pero la carrera de un músico de jazz no empieza de golpe con tal o cual disco impactante: es un trabajo de años, y aún diría más: de toda una vida.

Podría pensarse también que Joe ha encontrado un filón inagotable, que se ha adentrado por la fructífera senda de quien saca *discos del año* como churros calientes. Basta, se diría, con elegir un buen objetivo (Strayhorn, Miles, ahora Jobim), contratar una nómina selecta de excelentes músicos, poner la máquina de promoción a rodar, y... ¡ya está! ¿Qué



Plaza del Angel, 10
28012 Madrid
Tel. 369 41 43

**Los mejores músicos
de Europa y América
en el mejor marco**

12 Aniversario

Próximas actuaciones

Larry Martin Band
(10 al 16 de julio)

Lucrecia canta Boleros
(31 de julio al 13 de agosto)

**Tete Montoliu -
Javier Colina**
(18 de agosto al
3 de septiembre)



vendrá ahora? ¿*Henderson Plays Prince*? ¿*Joe Henderson Plays The Music of Nino Rota*? “No me cuesta mucho aburrirme de lo que hago” –afirma–, “es por eso por lo que a veces acepto propuestas en las que lo que me importa no es realmente el dinero, sino tocar en un contexto diferente al habitual”. No, convertir a Henderson en un oportunista sería injusto porque, por encima de todo, los discos citados contienen buena, excelente música. En el caso de *So Near, So Far*, la reinterpretación del universo creativo de Miles Davis resulta tan personal y sincera, que uno no puede dejar de pensar en que muchos barbilampiños con afán mesiánico deberían tomarla como ejemplo en vez de dejarnos para la posteridad tanto disco hueco y despersonalizado. En *Lush Life* consigue por ende no sólo firmar uno de los más sentidos homenajes al maestro de las atmósferas sutiles y elegantes: a la vez, toma uno de los principales recursos de Ellington, el sabio aprovechamiento de las cualidades de sus músicos, para conseguir su objetivo: dotar a cada versión, a cada relectura, de un carácter propio.

Y, cómo no, *The State Of Tenor*, esa piedra angular del saxofonismo contemporáneo, nos demuestra hasta qué punto la paciente elaboración estilística de Henderson ha terminado germinando en una expresión pura e individual, al margen de lastrantes apriorismos acerca de tal o cual escuela. De hecho, el saxofonismo de Joe Henderson no tiene escuela, o podía tenerlas todas. Ha crecido con los años como los vinos viejos: al margen del bullicio exterior, metido en sí mismo. Tan sólo durante los complejos años 70 se vio obligado a reducir su actividad y centrarse más en la tarea educativa y en ampliar su rango estético a campos como el multiinstrumentismo, los terrenos inspirados en el *rhythm'n'blues* o lo que por entonces se llamaba –y se sigue llamando– *fusión*. *The Milestone Years*, editado el pasado año, es un testimonio de aquel momento, del Henderson que acababa de dejar *Blue Note* (1966) y se adentraba por senderos siempre insospechados; música desigual, pero que en grabaciones como *Joe Henderson In Japan*, realizada en Tokyo en 1973 con una rítmica local, merece algo más que una simple escucha. “En discos como *Multiple* tuve que tocar el soprano y las flautas, pero lo cierto es que nunca he llegado a desarrollar con ellos una verdadera forma de tocar distintiva. En realidad yo soy pura y llanamente tenor”.

Y ahí nos encontramos con otro de los puntos clave del Henderson creador: su vocación por un instrumento, su deseo de consolidar antes que nada un lenguaje satisfactorio con el saxo tenor. Como un Moholo-Nagy obsesionado por las abstracciones geométricas o un Dos Passos fascinado por la colmena humana de Nueva York, Joe se aplica por entero a la construcción de su saxofonismo con la fidelidad de un amante apasionado. Lejos de su intención probablemente el resultar innovador (algo que siempre se le ha reprochado), parece como si considerase ya suficiente tarea de titanes conocer los misterios más íntimos de su instrumento, acercarlo a la elocuencia de la voz humana y convertirlo en un vehículo de expresión personal satisfactorio. El viejo reto de cualquier músico de jazz, por otra parte: descubrirse a sí mismo. El desafío, diría uno, de cualquier artista que se precie. Henderson parece haberse encontrado en buena medida desde *The State...*, y esa es en gran parte la razón de su éxito, de que casi todo lo que toque se convierta en oro.

Quien escuche *Double Rainbow*, su último trabajo discográfico y sentido homenaje a Antonio Carlos Jobim (proyecto nacido de una colaboración muy próxima a la muerte del maestro brasileño y que en principio parece que iba a involucrarle a él también), podrá tal vez sorprenderse del tono general relajado que se desprende de la mayoría de la

música en él contenida. Poco hay aquí de esa elocuencia de trabajos anteriores, esa construcción aritmética, quebrada y barroca, generosa de los solos, santo y seña del mejor Henderson. Hay, por el contrario, una cierta quietud, hasta se diría que una cierta melancolía. Pero esto no debería extrañar por varios factores: primero, porque este disco está imbuido del aroma siempre delicado de la bossa nova, de su cadencia perezosa y hasta cansina, de su amabilidad. Es, probablemente, el disco en el que la forma de tocar de Henderson más nos recuerda a la de Stan Getz, al que ya hemos citado como una de sus primeras y grandes influencias (algo, por lo demás, casi inevitable cuando se toca bossa nova y se la ha descubierto, como en el caso de Henderson, a través de las ya históricas sesiones de Getz a principios de los 60). Pero es, también, un trabajo en el que Henderson ha tratado de reflejar un determinado estado de ánimo, y a la vez, un punto de reflexión en su carrera reciente: su filosofía musical ha ido cambiando con el paso del tiempo. De aquel Henderson joven que parecía querer agotar todas las posibilidades expresivas de un solo antes de pararse a tomar aire, del productor incansable de notas, del devorador de silencios, hemos pasado lentamente al constructor preciso, al cazador que busca sin prisa la idea adecuada, el desarrollo justo.

“En su día llegué a la conclusión de que tal vez lo realmente importante es cómo empezar un solo, además de no repetirlo nunca dos veces”. Idear estructuras, desarrollarlas, hilvanarlas, llevarlas por un camino lógico hasta dejarlas en un punto acabado y perfecto. Buscar un principio, un medio y un final: contar una historia. Henderson ha acabado sustituyendo el ansia de lo momentáneo, del logro sin tregua, por la satisfacción del solo bien hecho, de la sencillez (que no facilidad) narrativa. Por eso sus discos traducen ahora esa sensación de acabado pulido y artesano, de Rolls Royce al que una manga aviesa quita cualquier mota de polvo. “Antes buscaba crear líneas melódicas perfectas, largas, antes de pararme a respirar. Pero en un determinado momento decidí detenerme, reflexionar y comenzar a construir desde el principio una nueva mecánica del solo. Ahí es cuando empecé a divertirme”.

Y nosotros también, diría yo, aunque los imprescindibles testimonios del Henderson más joven y fogoso, aquél al que muchos escogían porque parecía provenir de Coltrane sin sonar realmente como él (discos como *Our Thing* o *In'n'Out*), nos sigan pareciendo sencillamente demoledores. En todo caso, esta especie de terapia de deconstrucción que en su día adoptó Henderson no nos es del todo desconocida: forma parte del aprendizaje, de la maduración de cualquier gran artista; sin reflexión no existe progreso: éste requiere detenerse de vez en cuando, guardar silencio, escuchar, reempezar. La música no se agota en un solo, por largo que éste sea: precisa de tiempo, de experiencia. No puede codificarse, debe vivirse.

Hacia dónde nos conducirá el próximo capítulo en la vida musical de Joe Henderson es algo que no tardaremos mucho en saber. Tal vez decida afrontar nuevos retos, regresar de nuevo a solares menos afamados. En todo caso, su creciente éxito siempre será bienvenido si, como sucede hasta ahora, no afecta a su creatividad. Porque hoy día Joe Henderson puede presumir de ser uno de los más grandes tenores vivos, y de haberse ganado el derecho a serlo por el vigor de sus convicciones. Su soledad no es la de un lobo estepario, triste y atribulada: aflora en esa sonrisa antes mencionada, y recorre los pasadizos donde hombre y lobo se confunden en el descaro y la seguridad del experto contador de cuentos, del moldeador inclasificable del arte del solo. ■

Intérpretes:

Ana de Glavari
TERESA CASTAL
CARMEN PLAZA
Valencienne
PILAR MORO
MARTA MORENO
Mirko Zeta
JESUS CASTEJON
JOSE LUIS CANCELA
Conde Danilo
ANGEL GONZALO
CARLOS MARIN
Camilo Rosildon
RICARDO MUÑIZ
MARIO RODRIGO

Niegus
ENRIQUE RUIZ DEL PORTAL

Coro, Orquesta
y Cuerpo de baile de la Compañía

Directora de Baile	PILAR MANZANO
Director de Coros	FELICE LAFISCO
Dirección Musical	BENITO LAURET
Dirección	ANTONIO AMENGUAL

Opereta de **FRANZ LEHAR**
Versión española de **JUNOI**

DEL 18 DE AGOSTO AL 17 DE SEPTIEMBRE

 **Comunidad de
Madrid**
CONSEJERIA DE EDUCACION Y CULTURA


TELEMADRID

UNA PRODUCCION DE



COMPAÑIA
LIRICA ESPAÑOLA

**Teléfono de
información:
559 00 89**